

*Entre las “ruinas” y la descolonización:
reflexiones desde la literatura
del Gran Caribe*

**Silvia Valero
(editora)**



TINKUY

BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE

Nº13 –Junio 2010

Número especial

© 2010 Section d'Études hispaniques
Département de littératures et de langues modernes
Faculté des arts et des sciences
Université de Montréal

ISSN:1913-0481

Lecturas y reescrituras de Santo Domingo: variaciones narrativas en torno a la capital dominicana¹

Mario Barrero Fajardo
Universidad de los Andes

Resumen

A partir de las categorías de “ciudad letrada” y “ciudad real” que Ángel Rama estableció para analizar el origen y posterior desarrollo de las ciudades hispanoamericanas en su estudio titulado *La ciudad letrada* (1984), se adelanta un análisis comparativo de las novelas *Materia prima* (1988) de Marcio Veloz Maggiolo, *La vida es otra cosa* (2006) de Jeannette Miller y *Candela* (2007) de Rey Andújar, obras que leen y reescriben a Santo Domingo, la actual capital dominicana y ciudad primada de América.

Résumé

À partir des catégories de « ciudad letrada » (ville lettrée) et « ciudad real » (ville réelle) qu'Angel Rama a établie pour analyser l'origine et le développement postérieur des villes latino-américaines dans son étude intitulée *La ciudad letrada* (La ville lettrée, 1984), est proposé une analyse comparative des romans *Materia prima* (1988) de Marcio Veloz Maggiolo, *La vida es otra cosa* (2006) de Jeannette Miller et *Candela* (2007) de Rey Andújar, des œuvres qui lisent et réécrivent Santo Domingo, la capitale dominicaine actuelle et la première ville d'Amérique.

“Los personajes de este libro fueron registrados debidamente como creación intelectual en la Oficina Nacional de Derechos de Autor. Me hubiera gustado “declararlos” en la Oficialía del Estado Civil como esos recién nacidos cuyos padres se les exige la ficha de hospital y declaración jurada con testigos. No ha sido posible y por tal razón no poseen acta de nacimiento. Este último inconveniente, creo, ha hecho que realmente sigan viviendo a medias. La orfandad no es sólo biológica, sino que se extiende a la moral.”

Materia prima
Marcio Veloz Maggiolo

Encuentros y desencuentros entre la “ciudad letrada”, la “ciudad poética” y la “ciudad real”

¹ Un avance del presente trabajo fue presentado en el marco del IX Seminario Internacional de Estudios del Caribe celebrado en Cartagena de Indias, entre el 3 y 7 de agosto de 2009, y organizado por el Instituto Internacional de Estudios del Caribe y la Universidad de Cartagena.

La anterior advertencia al lector, que también será extensible a los protagonistas de la novela *Materia prima* que en 1988 publicó el dominicano Marcio Veloz Maggiolo, invita a retomar la distinción que Ángel Rama hiciera entre las llamadas “ciudad letrada” y “ciudad real” en su lúcido estudio sobre el origen y posterior desarrollo de los núcleos urbanos hispanoamericanos, trabajo justamente titulado *La ciudad letrada* (1984)². Para Rama, una vez descubierto el territorio americano a finales del siglo XV por parte de los europeos, los venidos desde el viejo continente se vieron obligados a establecer un punto de referencia a partir del cual emprender su empresa de conquista y colonización del, en principio, aparentemente inabarcable espacio que se exhibía de manera atractiva, pero también inquietante, ante sus encandilados ojos. Dicho punto de referencia se concretó con la fundación de una extensa e intrincada red de “ciudades”, que aunque en el inicio intentaron emular a las de allende el Atlántico, fue imposible ajustar a este modelo previo en la medida que no eran el resultado del tránsito de un medio rural a uno urbano, tal cual había acontecido en la Europa medieval, sino que eran fruto de una voluntad expresa de fijar un espacio que debía fungir como núcleo del proyecto colonizador en ciernes y como reflejo de la nueva estructura de poder impuesta al territorio conquistado. Será justamente ese doble rol que deberá cumplir toda recién fundada “ciudad” americana, el que, para el pensador uruguayo, dará lugar a una segunda ciudad que anidará al interior de la primigenia:

La ciudad bastión, la ciudad puerto, la ciudad pionera de las fronteras civilizadoras, pero sobre todo la ciudad sede administrativa [...] constituyeron la parte material, visible y sensible, del orden colonizador, dentro de las cuales se encuadraba la vida de la comunidad. Pero dentro de ellas siempre hubo otra ciudad, no menos amurallada [...] que la rigió y la condujo. Es la que creo debemos llamar la *ciudad letrada*, porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos porque su implícita calidad sacerdotal, contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias. Los signos aparecían como obra del espíritu y los espíritus se hablaban entre sí gracias a ellos. (Rama 32)

² En el amplio y variado espectro de las aproximaciones que durante las últimas tres décadas se han realizado de las relaciones entre los imaginarios urbanos y el papel que en su consolidación han ejercido los discursos enunciados por los diferentes actores de dicho proceso, se recoge una vez más la propuesta interpretativa de Rama, en la medida que, a pesar de las reevaluaciones que se han hecho de ésta, sigue constituyendo una válida invitación a repensar las tensiones existentes entre el devenir histórico latinoamericano y el papel que en él han cumplido las producciones literarias. Tal es el caso a estudiar de algunas propuestas de la narrativa dominicana contemporánea respecto del entramado geográfico-histórico-cultural de la ciudad de Santo Domingo. A propósito de ese permanente reto que significa la propuesta de Rama en el marco de los estudios culturales latinoamericanos, recuérdese lo apuntado por Mabel Moraña: “La obra de Ángel Rama es [...] una constante búsqueda de modelos, nuevos o remozados, de lectura, crítica e interpretación cultural, un ejemplo, en este sentido, de práctica transculturada, integradora de todos aquellos paradigmas que desde las distintas vertientes del pensamiento y de la práctica intelectual, puedan servir para aprehender la índole conflictiva y desafiante de América Latina” (Moraña 11).

En la consolidación de esta ciudad interna, compuesta por “todos esos que manejaban la pluma”, y en el inmenso cielo con el que ejercerá su función, anidará a su vez la escisión entre la lengua que se legitimará en la esfera pública y oficial y la que se utilizará en los espacios privados y cotidianos, ya sea por parte de los selectos miembros de la “ciudad letrada” o por el resto de habitantes de la “polis”:

Una fue la [lengua] pública y de aparato, que resultó fuertemente impregnada por la norma cortesana procedente de la península [...]. Sirvió para la oratoria religiosa, las ceremonias civiles, las relaciones protocolares de los miembros de la *ciudad letrada* y fundamentalmente para la escritura, ya que sólo esta lengua pública llega al registro escrito. La otra [lengua] fue la popular y cotidiana utilizada por los hispanos y luso hablantes en su vida privada y en sus relaciones sociales dentro del mismo estrato bajo, de la cual contamos con muy escasos registros y de la que sobre todo sabemos gracias a las diatribas de los letrados. En efecto, el habla cortesana se opuso siempre a la algarabía, la informalidad, la torpeza y la invención incesante del habla popular, cuya libertad identificó con corrupción, ignorancia, barbarismo. (Rama 44-45)

A la luz de esta escisión lingüística se hará evidente, a su vez, la distancia que existirá entre la “ciudad letrada” y la “ciudad real”: “Mientras que la *ciudad letrada* actúa preferentemente en el campo de las significaciones y aun las autonomiza en un sistema, la *ciudad real* trabaja más cómodamente en el campo de los significantes y aun los segrega de los encadenamientos lógico-gramaticales” (Rama 40). Justamente esta distancia es la que advierte el narrador de *Materia prima*, en el fragmento citado previamente, al reconocer la imposibilidad de “declarar” a los personajes de la novela en la Oficialía del Estado Civil –instancia arquetípica de la “ciudad letrada”-, motivo por el cual, las criaturas en cuestión parecieran estar condenadas a una identidad truncada de cara a los parámetros existenciales, impuestos desde las letras “oficiales”. Pero por fortuna para ellas, tal cual queda también apuntado en la advertencia reseñada, al interior de la “ciudad letrada” existen subdivisiones, y al lado de la “ciudad escrituraria”, encarnada en la estricta y excluyente normatividad de la mencionada Oficialía del Estado Civil, también subyace aquella ciudad que podríamos llamar “poética” o “literaria”, que, aunque no en todos los casos, también buscará esferas de legitimación como la aludida Oficina Nacional de Derechos de Autor. Una ciudad “poética” o “literaria” que a pesar de su pertenencia a los feudos de la “ciudad letrada”, intentará de una u otra manera, con mayor o menor éxito, dar cuenta de la “ciudad real”. Esta tensión entre las denominadas ciudades “letrada”, “poética” y “real” es la que ha continuación se estudiará a la luz del diálogo que algunos representantes de la narrativa dominicana contemporánea continúan trezando en torno o con la ciudad de Santo Domingo, la primera que fundaron los europeos en América³.

³ Esta propuesta de incluir la categoría de una ciudad “literaria” o “poética” como escenario de mediación entre las ciudades “letrada” y “real”, intenta recoger una de las críticas más recurrentes al

Santo Domingo en versión de Marcio Veloz Maggiolo, Jeannette Miller y Rey Andújar

Tres son los narradores encargados de tejer la trama novelesca de *Materia prima* de Marcio Veloz Maggiolo. Responden a los nombres de Ariel, Persio y Papiro, y crecieron durante los alucinantes años de la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo Molina, el autonombrado “Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva”, que con mano férrea dirigió los destinos de República Dominicana desde 1930 hasta el inicio de los años sesenta. Los tres tendrán un rol activo en la resistencia civil y militar que conducirá al fin de la dictadura, aunque no participarán en el tiranicidio consumado la noche del 30 de mayo de 1961. Una vez superada la pesadilla dictatorial y en medio del turbulento tránsito hacia la consolidación de la democracia dominicana, cada uno tomará un rumbo existencial diferente. Persio permanecerá en la isla, alejado de su inicial activismo político, pero sin abandonar su mirada crítica a las nuevas dinámicas sociales que plasmará en las novelas y libros que escribirá. Ariel se incorporará al cuerpo diplomático dominicano, situación que al tiempo que lo alejará de los avatares políticos del país, le permitirá un constante ir y venir entre la isla y los diferentes lugares de trabajo, fruto de lo cual podrá evaluar el devenir de la sociedad dominicana desde una óptica que oscilará entre el distanciamiento y la cercanía. Y Papiro se radicará en Europa, territorio desde el cual intentará develar las claves de la historia nacional a partir de su permanente contraste con los procesos culturales que dieron vida al Viejo Continente. Pero a pesar de haber optado por senderos diferentes, mantendrán un significativo punto de encuentro: sus recuerdos asociados a Villa Francisca, el barrio ubicado en la capital dominicana en el que crecieron, tal cual lo presenta uno de sus emblemáticos habitantes a los lectores de la novela:

El barrio, inventado a principio de siglo por el señor Ibarra para parcelar sus grandes terrenos, creció rápidamente a partir de los años 30, luego que el huracán de San Zenón destruyera íntegramente la ciudad capital y muchas de sus gentes tuvieran que guarecerse en otros sitios de la zona. Tras las casas reconstruidas se levantaron viviendas provisionales. Poco a poco la Villa creció en una especie de tráfago de calles más o menos anchas y callejones estrechos que iban desde las calles a los traspatios.[...] Cuando llegamos al barrio, hacia

modelo interpretativo de Rama, tal cual lo ha señalado Román de la Campa: “Otro aspecto central y problemático, que sí ha sido observado por casi todos los lectores de *La ciudad letrada*, es su tendencia a menoscabar el coeficiente subversivo del texto literario y su capacidad de alterar o dignificar el orden letrado hegemónico” (Campa 37). De hecho en recientes propuestas interpretativas como la consignada por Olivier Mongin en *La condition urbaine. La ville à l'heure de la mondialisation*, el ensayista francés reivindica a la aquí denominada ciudad “literaria” o “poética” en contraposición a la ciudad concebida desde el lenguaje del urbanista: “À propos de la ville, on a spontanément recours à deux langages antagonistes. Du moins au prime abord: le langage de l'écrivain et du poète d'une part, le discours de l'urbaniste de l'autre. Il n'est pas de meilleure voie d'entrée que celle des écrivains qui scrutent la ville avec leur corps et leur plume. [...] Le monde de la ville, ce mixte de physique et de mental, l'écrivain l'appréhende avec tous les sens, l'odorat, l'ouïe, le toucher, la vue, mais aussi avec des pensées et des rêves. [...] Une ville qui ne se résume pas aux monuments urbains, à la beauté des bâtiments ou du site” (Mongin 24-25).

los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, las calles tenían grandes huecos amarillos; en vez de aceras, se levantaban a ambos lados yerbas, depósitos de basura y algunas que otras macetas colocadas por los vecinos para convertir un poco en jardín la pantanosa vía. No todos eran propietarios. Las casas de alquiler habían proliferado. (Veloz 71, 72, 73)

Dar cuenta de este referente urbano será el objetivo del proyecto escritural que involucrará a los tres amigos, obviamente asumiendo ópticas y roles diferentes en su ejecución. El punto de partida será la obsesión de Persio por ejemplificar desde la “ciudad poética” aquel axioma que era *vox populi* en las calles del barrio: “Villa Francisca es el universo y en él caben todas las historias” (Veloz 146). Para ello acudirá a su capacidad de fabular, en virtud de su reconocida condición de escritor, dando vida a un variopinto conjunto de personajes y narradores que recrearán las múltiples y diversas historias del barrio durante el trujillato. Este entramado narrativo también lo nutrirá con las cartas que periódicamente Papiro le enviará desde Roma, en las que este establecerá un provocador y lúcido diálogo entre la Roma de los Césares y Villa Francisca. Pero durante la ejecución del proyecto, Persio será víctima de un severo cáncer, motivo por el cual acudirá a Ariel para que sea el encargado de dar unidad al conjunto de textos. Este rol será plenamente asumido por Ariel luego del teatral suicidio de Persio consumado el 15 de noviembre de 1985.

Lo atractivo de esta propuesta novelística no lo constituye el hecho de recrear un significativo sector de una ciudad a partir de los matices que pueden presentar en sus narraciones los tres observadores elegidos, ni el inminente contraste que perciben entre el barrio de los años ochenta y aquel que conformaba su universo a mediados del siglo XX, sino la manera claramente intencional en que lo hacen. Dicha intencionalidad les permite dar vida a un discurso ficcional que pone en tela de duda los discursos provenientes tanto desde la “ciudad letrada” oficial como desde la “ciudad real”. Esto a su vez genera un contrapunto, no sólo entre las tres versiones de los observadores mencionados, sino principalmente entre sus historias particulares y la historia oficial⁴.

En el caso de la propuesta de Ariel se aprecia el deseo de establecer el vínculo entre el Santo Domingo contemporáneo y aquel fundado inicialmente en 1496 por Diego Colón y trasladado a su actual asentamiento en 1502 por Nicolás de Ovando – “Ciertas tardes, cuando bajábamos entre 1951 y 1952 hacia la Escuela Nacional de Bellas Artes ubicada en el viejo edificio que albergó las Capitanías Generales de la colonia [...]” (Veloz 17)-. Pero mediante este ejercicio no busca legitimar la ciudad

⁴ En esta propuesta también subyace la idea de un tejido narrativo urbano en permanente elaboración y signado por el continuo desplazamiento de sus emisores, como lo sostiene Mongin en su estudio: “La ville como narration [...] cela implique qu’elle n’est jamais reductible à un passé, à un futur ou à un présent idéalisé, jamais assimilée à un centre ou à une périphérie, et qu’elle correspond à une rythmique temporelle et spatiale qui, jouant sur tous les claviers, rend possible, et cela en permanence, un doublé ‘décentrement’. Un décentrement spatial et temporel qui peut se solder par l’exil, par un départ, mais aussi par un retour” (Mongin 49).

que el discurso histórico oficial ha intentado perpetuar, sino, por el contrario, poner en evidencia su permanente mutación: al río Ozama que recorre la ciudad de norte a sur y en cuya desembocadura seguramente apreciaron los primeros colonos los manatíes que Colón confundiera con perturbadoras sirenas, contraponen los miles de cadáveres que poblaron sus aguas luego de los crímenes masivos perpetrados por la dictadura trujillista (Veloz 16-17). Pero Ariel no sólo cuestionará a la “ciudad letrada” oficial, también enfilará baterías contra los discursos provenientes de la “ciudad real”:

Detrás de la gran carpa que sirvió de depósito provisional a las aduanas durante el terremoto de 1946, se conservaba el molde hecho en cemento de una antigua ceiba centenaria que la tradición consideraba el lugar en donde Cristóbal Colón había atado sus carabelas alguna vez. La ignorancia supina de los más pueblerinos y parlanchines hablaba de que allí fueron atadas las tres naves. La leyenda desconocía que Colón había iniciado sus acciones en la costa norte de la isla, dejando encallada, quizás de modo intencional y para siempre en la costa de Haití, la nao Santa María, con cuyos restos se construyera un fuerte quemado y arrasado por los indígenas. (Veloz 15)

Esta valoración crítica también abarcará la propuesta escritural de Persio, y por extensión el rol que asume Ariel con respecto al conjunto del proyecto. La siguiente es la valoración de los manuscritos que Persio le entrega antes de su suicidio: “Había en estas páginas el intento de crear nuevos tabúes sobre Villa Francisca. Un barrio sin historia, sin crónica, sin memoristas capaces de contribuir con un artículo de periódico a salvar su identidad tendría como única fuente las páginas de Persio. Egotría” (Veloz 251). Aunque a su vez reconocerá que en dicho ejercicio ególatra también anida la posibilidad válida de ajustar cuentas por parte del escribiente de la “ciudad poética” con sus pares de la “ciudad real”: “[...] luchaba con la idea de completar los momentos clave del relato [de Persio], algunos reales, otros irreales, los más una mezcla de experiencias en las cuales las figuras eran dibujadas y desdibujadas de manera intencional para, en su afán de reconstrucción, reinventar biografías difuminadas por el odio a veces, por el amor en ocasiones” (Veloz 284). Un ejercicio de deconstrucción y construcción del cual el propio Persio dará fe en más de una ocasión a lo largo de sus escritos.

Persio reivindicará, a la luz del ya aludido paradigma de que “Villa Francisca es el universo y en él caben todas las historias”, la posibilidad de ficcionalizar todo aquello que da sentido a la “ciudad real”: “Nada de lo que dices es como es [...]. Si se te oxida la memoria, no tienes otra alternativa que inventarla. No existe nada peor que una memoria podrida y por eso, en ocasiones, aceptamos una historia que no hemos vivido, pero que cumple sus funciones” (Veloz 19). Obviamente, el asumir de esta manera el juego creativo, también implica reconocer, si no la fragilidad, sí la vulnerabilidad del proyecto emprendido en la medida que siempre quedará abierta la

posibilidad de ser puesto en tela de duda por discursos externos a la ficción o proviniendo de sus propias entrañas, tal cual lo hará el, en versión de Persio, siniestro Manolo, quien, luego de ser un agente encubierto del SIM –el Servicio de Inteligencia Militar creado en tiempos de la dictadura-, tendrá que refugiarse en Nueva York bajo una identidad trucada para no ser ajusticiado por sus antiguas víctimas. Este personaje le escribirá directamente a Papiro, el narrador que se halla radicado en Europa, para matizar el perfil que de él ha trazado Persio, en cuanto un ejemplo diáfano de “calié”, de los temidos esbirros de la dictadura:

Te escribo estas líneas simples porque los capítulos de una supuesta novela que me envías y que Persio te ha dejado a su vez me presentan como casi un delincuente. [...] Calié fui cuando mis años mozos, pero han transcurrido las horas y los vientos, amigo, y esta cabeza no es la misma de aquella época, ni mis deseos son similares; ése que era yo ya no soy yo, ‘ni mi casa es ya mi casa’, como dijera el poeta. (Veloz 152, 148-149)

Justamente sobre ese construir, deconstruir y reconstruir que se presenta entre la historia general con visos de oficial y las historias particulares, y entre estas últimas también, dependiendo de los intereses que sus respectivos autores persiguen al presentarles mediante determinado discurso, se ubica la propuesta de Papiro de establecer un puente entre la historia romana, presentada desde los avales que suele otorgar la “ciudad letrada”, y los avatares de la “ciudad real”, encarnada en este caso por Villa Francisca, desde la mediación de la “ciudad poética”, vivificada en las cartas que le envía a Persio desde la Ciudad Eterna:

Villa es Roma, y Roma se muere de pena en su gran historia si no conoce a fondo la historia nuestra; la de tantos amores perdidos, la de tantas iglesias rogando para que la dictadura y el dictador se mantuvieran vivos y en vigencia. La de los barrios convertidos en catacumbas desde las cuales salían los opositores para ser echados al circo de la calle Cuarenta, donde los leones usaban saco y corbata, y mordían los genitales de los destinados al ruedo con bastones eléctricos que castraban para siempre. Las basílicas y los templos a Venus y las vestales, y los sacerdotes del imperio hicieron lo mismo que el padre Rigoberto allá en la iglesia de la calle Castelar, en donde para oír la misa había que presentar la inscripción del Partido Dominicano. (Veloz 181)

En esta recreación de la represión trujillista a la luz de la padecida por los primeros cristianos en la capital del Imperio, sobresalen dos hechos: no sólo acudir a un modelo de representación que en el mundo occidental ha alcanzado la categoría de universal, tal como lo es la historia romana, sino también señalar cómo, para hallar su sentido dicha universalidad, también requiere de los aportes de la particular, como sería la historia dominicana, aún a pesar de la definición que de ella diera el propio Persio, en cuanto una historia “diminuta, con sus microscópicos chismes y sus

verdades liliputienses” (Veloz 35). De hecho, contrario al tono solemne del fragmento de la carta citado previamente de Papiro, también existirán pasajes de otras misivas en las que de manera irónica y provocadora se presentará a la cultura de Villa Francisca equiparable, o en ocasiones superior, a la de la antigua Roma:

[...] salvando distancia y tiempos, si te dijera que cantantes de boleros como Daniel Santos y Bobby Capó –Lucho Gatica y Toña la Negra, voces de cabaret y personajes de las velloneras completados con ron antillano- son parte de mi ofertorio y que los creo tan superiores como el mejor Ovidio, te sorprenderías [...]. Ellos, más humanos que Augusto, en vez de conquistar territorios esclavizando, esclavizaron corazones conquistándoles. [...] Como vez, Roma es mierda comparada con Villa⁵. (Veloz 28, 30)

Pero para sorpresa del lector, el desenlace de *Materia prima* aportará un significativo giro respecto a este entramado de textos expuesto hasta ahora. Y aunque inscrito obviamente dentro de la ficción, el giro fungirá como manifestación de esa ramificación de la “ciudad letrada” que es la “ciudad escrituraria”, la de los documentos oficiales. En este caso será a través de un reporte de la Policía dominicana que da cuenta del origen del revólver con el que se dio muerte a la primera esposa de Percio, Laura Gertrudis Sosa, antigua prostituta del “Habana-Madrid”, cabaret que existió en Villa Francisca a mediados del siglo XX. Este documento que, en palabras de Ariel, constituye “el único texto totalmente real y ausente de manipulaciones” (Veloz 291) de los que se incluyen en la obra, apunta a señalar como presunto asesino de su esposa al propio Persio, lo que a su vez conduce a Ariel a dudar sobre la verdadera intención de su amigo de dar cuenta de los avatares de Villa Francisca durante los años de la dictadura: encubrir su crimen. De hecho, Ariel también descubrirá que las cartas enviadas desde Roma a Persio sí procedían de la actual capital italiana, pero el papel de Papiro, antes que el de ser su autor, consistía en el de un mero remitente de las misivas que el propio Persio le había enviado previamente. Manipulaciones y fallidos intentos de legitimación discursiva para nada ajenos a los que el propio Persio denunció como signos característicos de la era Trujillo.

Respecto a esa permanente manipulación del discurso de la “ciudad letrada” por parte de la dictadura, debe señalarse que una de las denuncias hechas por Persio apuntaba a la omnipresencia de los nombres del tirano y sus familiares en el imaginario de los habitantes de Villa Francisca, como lo ejemplificaba el hecho que varias de sus calles o parques los llevaban –Julia Molina, María Martínez y Héctor B. Trujillo, madre,

⁵ Esta reivindicación de Villa Francisca, refleja la tensión que Abril Trigo ha indicado como propia del inmigrante respecto a la manera de contrastar los valores de su antiguo lar con los de aquel que ahora habita y desde el cual evoca al primero: “El inmigrante moderno es generalmente un sedentario que, para protegerse del dolor de la pérdida y la ansiedad por lo desconocido, procede a una disociación, ya sea denigrando el *allá-entonces* y exagerando su admiración por el *aquí-ahora*, o idealizando a aquél como utopía y vilificando a este último en tanto distopía” (Trigo 323).

esposa y hermano menor del dictador, respectivamente (Veloz 76, 119)-. Tampoco debe pasarse por alto que después de la reconstrucción de la capital dominicana luego del paso del huracán San Zenón en 1930, ésta fue rebautizada por el Padre y Benefactor de la Patria como Ciudad Trujillo. Mantuvo este nombre hasta el final de la dictadura, siendo totalmente paradójico que, una vez acaecida la muerte de Persio, el máximo reconocimiento que recibiría debido a su labor literaria por parte de la “ciudad escrituraria” sería el de colocarle su nombre a una de las calles de la capital, feroz venganza de la “ciudad letrada” a la “ciudad poética” mediante una modificación de la “ciudad real”⁶.

Ya inmersos en la primera década del siglo XXI, los narradores dominicanos vuelven una y otra vez sus ojos hacia Santo Domingo, ya sea para situar en ella sus tramas y de esa manera leer y reescribir su historia, o para ubicarla como referente distante pero significativo de poblados, ficticios o no, en donde se centra la intriga de las nuevas tramas novelísticas. Un ejemplo de esta segunda opción lo constituye *La vida es otra cosa* (2006), de la crítica de arte, poeta y narradora Jeannette Miller. La novela se asienta en el imaginario pueblo de “Vengan a ver”, cercano a la frontera con Haití y próximo al mar. Sus habitantes, los jóvenes principalmente, tienen una sola obsesión: poder partir y radicarse en “los países”, entiéndase “Estados Unidos”, en particular “Nueva York”, específicamente la zona de “Washington Heights”. Y aunque la única forma de concretar el sueño es emprender un siempre peligroso y, la mayoría de las veces, fatal viaje en yola desde las playas cercanas a “Vengan a ver” hasta las costas de Puerto Rico, como escala previa al posterior salto hacia la una y otra vez idealizada Gran Manzana, el elevado costo del mismo obliga a los futuros viajeros a “fajarse” en la Capital para reunir los “cuartos” que les permitan emprender la fuga. Es el caso de Yudelka, que, en palabras del narrador era una “trigueña, con un cuerpo escultural” (Millar 36), que desde el final de la infancia siempre dudó que el hombre que fungía como esposo de su madre fuera realmente su padre dada la violencia con que la trataba. Por ello, a la menor oportunidad tomó camino hacia Santo Domingo con la intención de hallar algún trabajo que le permitiera reunir el dinero necesario para partir en busca de la ilusoria *green card*. Y la Capital le brindará dicha oportunidad y en un tiempo relativamente corto:

Antes, cuando tenía hambre se iba al colmadón de la esquina y compraba dos panes y un aguacate para resolver. Pero ya no tenía por qué preocuparse, todavía no llevaba un año viviendo en la Capital y tenía carro, celular y hasta una cuenta en el banco. Compartía apartamento con dos amigas y aunque era chiquito y estaba en las afueras de la ciudad, no había escándalos y podía dormir durante todo el día. A las ocho de la noche tenía que estar en el restaurán donde había

⁶ Este ejercicio de bautizar y rebautizar Santo Domingo y sus calles corrobora una vez más la propuesta de Mongin de concebir el imaginario urbano como un tejido narrativo en el que de manera permanente se superponen las distintas “puntadas” mediante las cuales se le intenta dar forma: “On comprend mieux le lien entre la «forme de la ville» et l’idée de ville qui s’exprime dans un nom propre, celui qui renvoie à une fondation et crée un sentiment d’appartenance. La ville, ce tissu narratif vécu au présent, n’en finit pas d’inventer sa fondation et de jouer avec son histoire” (Mongin 48).

conseguido de mesera y de ahí nunca sabía a la hora que iba a regresar porque siempre encontraba clientes. ¡Quién le iba a decir! Toda una profesional en servicios sexuales y ya independizada a los diecinueve. (Miller 36)

De la mano de Yudelka, dada su nueva condición de “un cuero de cortina, de las que se acuestan por cuartos y llevan una vida de señoritas” (Miller 130), el lector emprende un recorrido por el mundo de la prostitución que se presenta en Santo Domingo, pero no el asociado al de los burdeles de mala muerte, sino al camuflado detrás de los supuestos salones de masaje, donde acuden ejecutivos locales, turistas extranjeros y desocupadas mujeres de la clase pudiente capitalina. Este recorrido permite vislumbrar una de las tantas metamorfosis de la “ciudad real”, en especial la de sus antiguos barrios prestantes que aunque en principio conservan gran parte de su fachada, en su interior recogen, no ya a las aristocráticas familias de antaño, sino a una población en permanente desplazamiento, trátase de los clientes o de los nuevos “anfitriones”⁷. Un fenómeno que aunque en la novela en cuestión se circunscribe al caso de Santo Domingo, es susceptible de ejemplificarse en cualquiera de las actuales capitales hispanoamericanas, y que a su vez se ajusta a la categoría de “ciudades desafiantes” que, desde un punto de vista literario, Luz Mary Giraldo ha definido de la siguiente manera:

Las [ciudades] desafiantes insinúan [un] tipo de ciudad que se reconoce como lugar de paso para el *homo viator*, de un ser que en ellas transita, busca, aprende, aprehende, vive, se angustia o se solaza como viajero o como caminante; en ellas se recrean épocas contemporáneas al autor o anteriores, destacándose la idea de progreso en su desarrollo urbanístico, arquitectónico, social o económico, según la época referida, la mutación de valores, la dinámica socio cultural, los periodos de crisis políticas o sociales, la movilidad de sus

⁷ Detrás de esta metamorfosis que sufre Yudelka al incorporarse a las dinámicas propias de la Capital, subyace el rol subordinado de la mujer en el marco del contrato social que rige la coexistencia en las urbes modernas, de acuerdo a lo expuesto por Mary Louise Pratt al estudiar un conjunto de novelas hispanoamericanas contemporáneas a partir de los postulados de la politóloga Carole Pateman en *The Sexual Contract* (1988): “Según Pateman, lo que en la teoría política clásica se denomina el contrato social sólo existe en función de otro contrato que las teorías no incorporan, *el contrato sexual*. El contrato social define las relaciones de conciudadanía fraterna entre hombres, es decir entre cuerpos varones; el contrato sexual define las relaciones entre hombres y mujeres, es decir entre cuerpos varones y cuerpos hembras, estableciendo la subordinación de estos a aquellos. Al entrar en el contrato sexual, las mujeres autorizan a los hombres a hacer uso de sus capacidades laborales, reproductivas y sexuales. Las dos formas más institucionalizadas del contrato sexual serían el matrimonio y la prostitución” (Pratt 92). Esta subordinación que ejemplifica Yudelka, a partir de su condición de “cuero de cortina”, es a su vez el origen de la violencia que padece por parte de proxenetas y clientes y de la cual la mayoría de discursos patriarcales provenientes de la “ciudad letrada” no suelen dar noticia, de allí el valor que sea mediante una manifestación de la “ciudad literaria”, como la que representa la novela de Miller, desde donde se pueda problematizar y mostrar las múltiples y variadas aristas de la denominada violencia urbana.

estructuras, las nuevas o antiguas formas de vida, expresión, conocimiento o comportamiento. (Giraldo XX)

Ciudades de tránsito, tal cual concibe Yudelka a la capital dominicana y también a la siempre seductora Nueva York, porque la obsesión por recorrer sus calles no es para afincarse de manera definitiva en ella, sino para “ganar dinero en dólares. Dentro de cinco años, cuando regrese de los países con cuartos y ponga un salón o una *boutique* genuina, *full* de to’, me van a decir doña” (Miller 41)⁸. En esta declaración de intenciones, no sólo se vislumbra el proyecto existencial de Yudelka, sino también trasluce la intención de Miller de recoger en su obra, inscrita en la denominada “ciudad poética”, modismos y giros propios de la lengua de la “ciudad real”, situación que en el caso de *Materia prima* sólo se presenta de manera esporádica a pesar de su intención de recrear la existencia de un populoso barrio capitalaño como lo es Villa Francisca. Los discursos de Persio, Papiro y Ariel nunca podrán desprenderse de su condición de provenir de la pluma de eximios hijos de la “ciudad letrada”. En el caso de *La vida es otra casa*, dicho intento por validar el encuentro entre la lengua de la “ciudad letrada” con la de la “ciudad real”, va acompañado a su vez con la inclusión al final del libro de un glosario de “Dominicanismos que aparecen en la novela” (Miller 233-238), dirigido, antes que a los miembros de la “ciudad letrada local”, a aquellos lectores que allende las costas de República Dominicana se interesen por la trama propuesta. Pero independientemente de que dicho glosario esté dirigido a un público local o extranjero, su incorporación al final de la novela pone en evidencia el deseo de la “ciudad letrada” de hacer legible para sus miembros la jerga y modismos de la “ciudad real” y por ende “controlarlos”, aún acudiendo a la mediación de la “ciudad poética”, tal cual ocurre a lo largo de la trama narrativa.

En sintonía con esta propuesta se presenta la novela *Candela* (2007) del joven escritor dominicano Rey Emmanuel Andújar. Esta obra escrita a dos aguas entre Santo Domingo y San Juan de Puerto Rico, prescinde del glosario de dominicanismos incluido en *La vida es otra cosa*, pero no por ello no intenta validar la lengua de la “ciudad real” en cuanto mecanismo idóneo para la creación literaria, sobretodo su ritmo frenético, alejado de las correcciones propias de los códigos impuestos por la “ciudad letrada”. Dicha propuesta se halla inscrita en una trama de corte policial: el teniente Imanol Petafunte debe esclarecer la muerte violenta de Renato Castratte, quien “bregaba como *pusher* pa los riquitos” (Andujar 114) y era el amante de la

⁸ En su estudio sobre los distintos rostros nocturnos de la ciudad de San Juan recreados en *Cualquier miércoles soy tuya* de Mayra Santos Febres, Guillermo B. Irizarry insiste que en esta narración antes que contraponer los discursos provenientes de las ciudades “letrada” con los de la ciudad “real”, lo que se pretende es construir un escenario que los entremezcle, situación similar a lo plasmado en *La vida es otra cosa*, de allí que a esta novela también pueda asociarse la siguiente valoración: “In addition to producing illegal drugs, wealth, and power, this complex alternative landscape produces subjects, cultura, and knowledge that contradict those produced by hegemonic culture. But the novel does not create an image of parallel, autonomous existence of these two geographies. Quite to the contrary, it reveals a radically heterogeneous landscape of symbiotic coexistence of unproductivity and productivity, of illegality and legality, and subalternity and hegemony” (Irizarry, 77).

prestigiosa y acomodada abogada Sera Peñablanca, próxima a contraer matrimonio con el adinerado Luciano L. Maravilla. A la luz de las pesquisas de Petafunte, en una capital dominicana que en los albores del siglo XXI vuelve a verse amenazada por el paso de una tormenta, el narrador, al tiempo que recrea lugares emblemáticos de la ciudad colonial como son su Catedral Primada, la Plaza Colón o la calle El Conde, también vuelve la mirada hacia otros espacios. De esta manera, establece un claro contraste entre la zona donde se ha asentado la burguesía capitala y aquella comprendida al oriente del río Ozama, donde habitan los nuevos ricos, aquellos que han hecho el viaje de ida y vuelta a los Estados Unidos, realizando en muchas ocasiones negocios al margen de la ley. De la primera zona, y a partir de un juego sarcástico de transformar el ampuloso nombre de su principal centro comercial llamado “Acrópolis”, presenta el siguiente cuadro:

Las contradicciones del proceso tercermundista que vive la ciudad tienen su epicentro en [la] bien denominada Mierdópolis, en sus alfombradas habitaciones, sus inalcanzables bares rebosantes de vodka y champaña, sus brillantes últimos modelos que contrastan con la oscuridad de las esquinas llenas de hombres con brazos de piel achicharrada cargados de todo, desde aguacates o fruta de temporada hasta cables para «tu Motorola, tu Samsung, tu Nokia, tu Kyocera, *you name it*, también cargamos tu cargador, y el estuche de piel, o gafas, o SkimIce para el calor que te está atacando, negra, pide el tuyo de frambuesa o de uva, pruébalo en su nuevo sabor de chinola, mi color, llévate tu tarjeta de llamadas, compra tu Orange de sesenta, de cien, tu Comunicard de Verizon, tan dominicano como tú, y tu blah blah blah de Tricom»; y continúa con una ciudad vertical construida por la mano de obra haitiana. [...] Mierdópolis [...] resulta inaccesible para los Nuevos Ricos, ya que Mierdópolis no es sólo un asunto de dinero, también cuentan las relaciones sociales que se tengan, los apellidos que se lleven, el color de piel, el tipo de pelo. (Andújar 108-109)

En cuanto a “Aquel Lado”, el que emerge al otro lado del Ozama, esta es su panorámica:

A finales de los ochenta, el lavado de dinero producto del narcotráfico empezó a beneficiar a la Zona Oriental [...]. Los bregadores que traqueteaban en la costa este de los Estados Unidos y que durante sus visitas al país, con todo ese dinero rebosante en los bolsillos y todo ese vehículo alquilado y toda esa cadena de oro y sus atuendos Kenneth Cole, Banana Republic, Armani, no eran admitidos en las discotecas y bares de Mierdópolis, decidieron montar tienda aparte de su lado y esto dio apertura a una serie de negocios de sano esparcimiento nocturno en un radio comprendido entre la Avenida Venezuela y la San Vicente de Paul. [...] Los negocios de Santo Domingo Oriental, como ahora se llama a esta parte de la ciudad, son de lo más *kitsch* y divertido, tienen sus propias reglas. Puede decirse que estos lugares son, de alguna manera, inaccesibles para los riquitos, los blanquitos, la gente bien, fruta fina, nariz pará, si se quiere aunque en ocasiones

algunos se escabullen y entran jugando a la rebeldía pero a las dos horas se cansan de tanta salsa y tanto merengue del bueno, tanto culo moviéndose, tanto *reggaetón*, tanta cerveza grande servida en vasos de plástico, y deciden volver a la seguridad que les ofrece la música *lounge*, el confort de los cafés con DJs al fondo, que en realidad no hacen nada, sólo mueven la cabeza. (Andújar 109-110)

Dos visiones que desde la “ciudad poética” permiten entrever los diferentes escenarios y códigos que se repelen y atraen al interior de la “ciudad real”, que desnudan los conflictos de clase y de raza que han signado el devenir social de Santo Domingo, y que a la fecha siguen moldeando su multiforme rostro, dependiendo desde que balcón –letrado, poético o real- se le narre⁹.

Pero así como la ciudad ha sido transformada por los discursos que sobre ella se han tejido, existe por otra parte un fenómeno natural que de tarde en tarde también ha afectado su rostro real y del cual desde la ficción también se ha intentado dar cuenta: la eterna amenaza del paso de una tormenta siempre susceptible de devenir en un devastador huracán. En *Materia prima* ya se hizo alusión al huracán San Zenón que arrasó la capital en 1930 y que daría pie a que una vez acometida su reconstrucción el dictador la rebautizara de manera ególatra con su apellido. En *La vida es otra cosa*, aunque Santo Domingo es la lejana Capital donde se pueden obtener unos cuartos para emprender el viaje en yola camino a “los países”, también se hará permanente alusión a la amenaza de una tormenta que no sólo puede truncar el viaje previsto sino poner fin a la vida de los ilusionados pasajeros. *Candela* tampoco escapa a este referente. De hecho, desde el inicio de la novela el teniente Petafunte y demás participantes de la trama escuchan a lo lejos los informes radiales y televisivos que anuncian el inminente paso de una nueva tormenta que puede alterar tanto sus existencias como la fisonomía de la ciudad que habitan. Y de manera acorde con el desenlace de la intriga policíaca, la obra finaliza con el nefasto, pero también poético, balance de la arremetida del viento y la lluvia contra la otrora ciudad amurallada:

Esa tarde el Río Ozama no aguantará más y se rebosará. Arrasará con todo. Los inspectores de la Defensa Civil dejarán de contar el número de cadáveres cuando

⁹ El intento del narrador de *Candela* por establecer unos límites claramente identificables entre las dos ciudades que crecen a uno y otro lado del Ozama, pone en evidencia la manera en que la llamada “ciudad poética” reproduce sesgos ideológicos de la “ciudad letrada”. Uno de ellos es el de querer delimitar desde el discurso, con la ilusa intención de controlar, fenómenos que permean indistintamente los diferentes imaginarios y escenarios urbanos, como bien lo ha diagnosticado Rossana Reguillo-Cruz a propósito de la violencia: “La ciudad se narra a sí misma de forma en que la superposición de planos dificulta establecer demarcaciones y fronteras estables. En ese movimiento, las violencias se desespacializan, emergen ubicuas, mezclando las ecologías de la ciudad. Lo inseguro y lo seguro, lo bueno y lo malo, se convierten en coordenadas itinerantes que se trazan desde parámetros múltiples y complejos. Sin embargo, a la percepción de una violencia desterritorializada, se responde con los esfuerzos por reterritorializarla, confinarla a unos márgenes aprehensibles” (Reguillo-Cruz 54).

la cifra supere los setecientos y sean más de mil los desaparecidos, a los que sólo se podrá identificar días después, cuando el Mar Caribe los devuelva a las orillas de la isla, retribuyendo la ofrenda hecha por el Ozama, como lo ha hecho desde que la isla es isla. [...] El sol saldrá después de la tormenta, y al tiempo que se reirá del desastre ocurrido durante su ausencia, secará las sábanas con olor a moho, los colchones enlodados, los muebles desvencijados, y calentará las planchas de zinc donadas por alguno de los «caritativos organismos internacionales de ayuda humanitaria» para que «los sucios, los piojosos, los crakeros, los chopos, los charlies, los nacos, la chusma, los cafres, los maricones, los troqueras, los bugarrones, los tígueres, los huelecemento, los merengueros y bachatuses, los jediondos, los comemierda, los que se inyectan, los que se roban el cable y la luz, los que no pagan el agua, los de los hospitalillos, los que se van en yola, los que regresan en vuelo comercial como deportados, los que de miedo se cagan frente a los cubículos de migración, los cueros, los chivatos, los viejos, los minusválidos, los locos, los guachimanos, los pesimistas, los alcohólicos, los sidosos, los arrimados, los hijos de su maldita madre, los zarrapastroso» hagan sus injertos de lata vieja, cartón y madera de caja de arenque, al lado del mismo río sucio y baboso, que arrastrará lilas podridas, desechos, hombres, mujeres, mierda; un río que recorrerá las piedras y volverá a dividir la ciudad. [...] El sol aparecerá como siempre todos los años por estas fechas, ahora un poco más cerca de los cráneos de los sobrevivientes. / La temporada de huracanes habrá terminado. (Andújar 146-148)

Este fragmento ejemplifica a cabalidad lo que Ignacio Abello ha señalado sobre la necesidad de establecer un discurso para que los hechos, en principio particulares, trasciendan y adquieran una identidad de cara tanto a aquellos que los han vivido como a los que sólo tienen noticia de ellos en el momento de escuchar o leer el mensaje en cuestión: “Se pueden dar vivencias de las cosas pero mientras no se construya un discurso sobre ellas, no hay posibilidad de conocerlas. La sola vivencia no trasciende, es absolutamente personal, por eso es necesario construirle un discurso que señale sus posibles y sus limitantes, sus relaciones y sus alcances, y en general, la manera de convertirla en un valor que pueda ser compartido” (Abello 58). Un discurso, que ya sea generado en las entrañas de la “ciudad letrada” o de la “ciudad real”, hace trascender a la “ciudad real”, aunque sin olvidar que ésta, más allá de que sea reconocida o no, existe *per se*, y siempre constituirá el referente que desde las otras ciudades se quieren afirmar o modificar, como bien apunta Giraldo: “La ciudad es [...] un espacio y un territorio simbólico, del tipo que sea, no por ello menos real. Al escribir las ciudades o, mejor, al hacer que ellas sean escritas además de vividas, no se puede ignorar lo que ya existe, lo que falta y lo que cotidianamente se pierde o se agrega. Mapa y escritura convergen” (Giraldo XXIV-XXV). Un juego de convergencias que a partir del análisis propuesto de *Materia prima*, *La vida es otra cosa* y *Candela* permite entrever, tanto la transformación de Santo Domingo en cuanto “ciudad real”, como también de los discursos e imaginarios generados en torno a ella desde las murallas y balcones de las ciudades “letrada” y “poética”, generando un efecto caleidoscópico que diluye la supuesta supremacía de alguna de las mencionadas ciudades sobre las otras.

Esta permanente subversión discursiva que se da entre las ciudades “letrada”, “poética” y “real”, genera a su vez la refrescante sensación de que, así como el anunciado final de la temporada de huracanes en la última página de *Candela* implica el inicio, tarde o temprano, de la siguiente, igual ocurre con Santo Domingo en cuanto espacio que, a pesar de que durante más de cinco siglos se han intentado delinear sus límites, siempre está expuesto a que algunos de sus hijos -ya sea letrado, poeta y/o real, ya sea que habite en la isla o haga parte de la diáspora que desde décadas atrás muchos han emprendido- lo vuelva a deconstruir para construirlo de nuevo. Juego al infinito que condena al presente escrito, producto de la “ciudad académica”, a no ser sino una circunstancial mirada cuya posible vigencia no supere el paso del tiempo, tal cual le ocurre a sus parientes, cercanos y lejanos, descendientes en última instancia de la siempre petulante “ciudad letrada”.

Bibliografía

Abello, Ignacio. “Espacios y lugares”. En María Cristina Gálvez (comp.). *Cultura y ciudad: un viaje a la memoria*. Pasto: Ediciones Uninariño, 2003.

Andújar, Rey Emmanuel. *Candela*. Santo Domingo: Alfaguara, 2007.

Campa, Román de la. “El desafío inesperado de *La ciudad letrada*”. En Mabel Moraña (ed.). *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburg: IILI, 1997. 29-53.

Giraldo, Luz Mary. *Ciudades escritas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 2000.

Irizarry, Guillermo B. “Failed Modernity: San Juan at Night in Mayra Santos Febres’s *Cualquier miércoles soy tuya*”. En Anne Lambright and Elisabeth Guerrero (eds.) *Untolding the City. Women Write the City in Latin America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2007. 67-89

Miller, Jeannette. *La vida es otra cosa*. Santo Domingo: Alfaguara, 2006.

Mongin, Olivier. *La condition urbaine. La ville à l’heure de la mondialisation*. Paris: Éditions du Seuil, 2005.

Moraña, Mabel (ed.). *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburg: IILI, 1997.

Pratt, Mary Louise. “Tres incendios y dos mujeres extraviadas: el imaginario novelístico rente al nuevo contrato social”. En Mabel Moraña (ed.). *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburg: IILI, 2002. 91-105.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.

Reguillo-Cruz, Rossana. “¿Guerreros o ciudadanos? Violencia(s). Una cartografía de las interacciones urbanas”. En *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Mabel Moraña (ed.). Pittsburg: IILI, 2002. 51-67.

Trigo, Abril. "migrancia: memoria: modernidá". Em Mabel Moraña (ed). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*. Pittsburg: ILI, 2002. 321-343.

Veloz Maggiolo, Marcio. *Materia prima*. Santo Domingo: Alfaguara, 2006.